

mer catedrático criollo, José Joaquín Hernández, catedrático de anatomía, José María Benítez, introductor de los estudios botánicos en Venezuela o Tomás Quintero, asesor del arzobispo Coll y Prat, corresponsal de Andrés Bello y agente secreto de la Gran Colombia en España y un largo etcétera. Finalmente, se recogen personalidades tan características como el entonado de Matías Soprani Vicente Salías, autor de la letra del himno nacional venezolano o el expósito recogido por una familia isleña y José Domingo Díaz, redactor del *Seminario de Caracas* con Miguel José Sanz en la Primera República y más tarde de la monárquica Gaceta de Caracas, exiliado en Puerto Rico, donde desempeñó la Intendencia.

Manuel DE PAZ SÁNCHEZ
Universidad de La Laguna

LATASA, Pilar (ed.), *Discursos coloniales: texto y poder en la América Hispana*, Madrid, Iberoamericana, 2011, 190 pp.

En el prólogo a esta colección de ensayos, Ted Widmer, director de la John Carter Brown Library, recuerda que Thomas Jefferson en una ocasión afirmó: «the ancient part of American history is written chiefly in Spanish» (p. 7), y «our connection with Spain will daily become more so» (p. 7), palabras que han inspirado la promoción de los estudios coloniales americanos realizada por esta biblioteca desde hace años. Resultado de esa labor es este volumen, surgido de un congreso celebrado en dicha biblioteca y coorganizado por el Grupo de Investigación Siglo de Oro (GRISO) de la Universidad de Navarra (España). Como explica la editora Pilar Latasa, aunque el congreso se tituló *Viejo Mundo y Mundo Nuevo en las Crónicas de Indias*, el volumen lleva por título *Discursos coloniales: texto y poder en la América Hispana*. Ambos títulos dicen mucho del contenido del volumen. Mientras que el título del congreso dejaba claro el enfoque en las crónicas de Indias, el del libro resalta la dimensión política de las crónicas. Asimismo, el que el título definitivo haya sido puesto *a posteriori* indica que los «discursos coloniales» solo suponen el marco común y no el eje central de las ponencias. Esto nos indica que el libro no responde tanto a un interés por ofrecer un balance representativo de las crónicas de cada territorio, grupo social o periodo de la América colonial hispana, sino una serie de catas que profundicen en aspectos clave de las crónicas indianas.

Estas catas son planteadas por especialistas provenientes de diversas disciplinas (especialmente la literatura y la historia) y lugares (EE.UU. y España). Cinco de los diez ensayos que componen el libro se dedican a la historia política y literaria. Ángel Delgado se ocupa de la toponimia del continente americano. Luis Albuquerque y José Antonio Mazzotti se centran en análisis de géneros narrativos, respectivamente, el relato de viaje y el discurso caballeresco en las crónicas de Hernán Cortés y Bernal Díaz. Los otros dos trabajos estudian procesos políticos. Raúl Marrero-Fente, profesor de literatura en la Universidad de Minnesota, demuestra los móviles y la

«construcción de la verdad» en las capitulaciones de Juan Ponce de León para la conquista de la Florida (1511). Por su parte, el historiador Jesús María Usunáriz analiza cómo América se convirtió en pieza fundamental del conflicto entre españoles y holandeses en el XVII. Pese a su variedad, los cinco trabajos subrayan la dimensión transatlántica del colonialismo hispano. En este sentido, si por una parte el género del relato de viajes y la cultura caballeresca sirvieron para interpretar la situación colonial, por otra, la expansión ibérica reconfiguró la balanza de poder de las potencias europeas.

Los otros cinco capítulos se centran en textos particulares, los cuales son puestos en diálogo con problemáticas de las áreas de especialización de los ponentes. Tres de estos trabajos contribuyen a la mejor comprensión de cronistas canónicos y los otros dos ponen de manifiesto la relevancia de dos crónicas menos conocidas. El antropólogo Fermín del Pino repasa la recepción de las ideas de José de Acosta, demostrando la influencia del jesuita español en el pensamiento europeo sobre América desde fines del XVI hasta la época de Humboldt. Su atención a los logros de Acosta es presentada frente al énfasis en las limitaciones del jesuita según algunos críticos actuales. Por su parte, el crítico literario Fernando Rodríguez profundiza en la cuestión del horizonte historiográfico del Inca Garcilaso a través del estudio de la deuda intelectual de *La Florida del Inca* (1605) con las ideas del historiador Ambrosio de Morales. El anticuario cordobés dotó al Inca no solo de un ideal epistemológico sino también de temas como el del mito goticista, que Garcilaso trasladaría a tierras americanas. Rolena Adorno se ocupa del papel pedagógico y argumental de las imágenes en la *Historia Antigua de México* (1780-1781), del jesuita mexicano Francisco Javier Clavigero, uno de los fundadores del indigenismo mexicano en el periodo del patriotismo criollo del XVIII. En los otros dos trabajos, el botánico Gabriel Arellano estudia las plantas mencionadas por Juan Recio de León en el relato de su viaje al Madidi, una de las regiones con mayor biodiversidad del planeta. Además de poner de manifiesto la dimensión documental de las crónicas indianas, el trabajo de Arellano será de interés para etno-historiadores e historiadores del medio ambiente. Por último, la historiadora Pilar Latasa, de la Universidad de Navarra, analiza las *Noticias políticas de Indias y relación descriptiva de la ciudad de La Plata*, de Pedro Ramírez del Águila (1639). Para ello, se centra en el vínculo de la escritura corográfica peruana con, por un lado, la práctica de recabar información histórica para informar a las autoridades peninsulares y, por otro, el interés de los criollos del XVII por la historia local.

El lector encontrará una amplia gama de modelos para estudiar las crónicas de Indias. Varios de los ponentes son especialistas reconocidos en el estudio de crónicas. Adorno fue una de las responsables de la expansión de esta disciplina en los Estados Unidos gracias a su edición de Guaman Poma en los años ochenta y con sus contribuciones al debate sobre los discursos coloniales en los noventa. Su aportación a este volumen se aleja de los siglos XVI y XVII, pero mantiene la atención a detalles narrativos que permiten reconstruir el mundo ideológico de los cronistas americanos. Destacado especialista en ediciones de crónicas es también Delgado, quien se ocupa

aquí de la toponimia del Nuevo Mundo desde una perspectiva comparada, ofreciendo una tipología de los nombres de territorios y poblamientos (nombres indígenas, religiosos, descriptivos, legendarios, repeticiones de nombres europeos, etc.). De este modo, las potencias europeas, afirma, «emprendieron la exploración y colonización del Nuevo Mundo con la firme creencia de ser sus legítimos amos y dueños» (p. 57). Otros dos especialistas en los estudios de crónicas son Mazzotti y Del Pino. Mientras Mazzotti prioriza la crítica textual como vía de acceso a la formación de las identidades coloniales (en este caso, la mentalidad caballerescas de los conquistadores), Del Pino prefiere centrarse en la contribución de los cronistas a la tradición antropológica (aquí, de Acosta, cuya edición crítica ha sido editada por Del Pino recientemente).

Debido a la variedad de perspectivas académicas basadas en epistemologías y metodologías diferentes, en ocasiones, los autores de las ponencias hablan lenguajes distintos. Por ejemplo, en algunos capítulos se usa el término «discurso» en sentido lingüístico y narrativo, mientras que en otros se hace con el valor de imaginario o ideas políticas. La diversidad de enfoques y significados aparece también con respecto a la «otredad». Alburquerque menciona que la conquista americana supuso para los europeos un descubrimiento del «otro», idea sobre la que también ahonda Del Pino, si bien para este último la idea tendría más que ver con el método antropológico del extrañamiento que con la imagen literaria del bárbaro. En cambio, Adorno afirma que en la época de Clavigero «toda la humanidad era una; no se podía concebir la otredad, la alienación radical, que hemos inventado en nuestra época» (p. 22), afirmación que puede verse como una crítica a la costumbre de proyectar ideas contemporáneas en el pasado. Algo similar ocurre con los mitos geográficos y caballescicos, cuya presencia en el proceso conquistador es analizada en varios de los capítulos. En cambio, Marrero-Fente recuerda que este proceso también tuvo una dimensión pragmática y materialista rastreable en los documentos de las capitulaciones. Si se señalan estas divergencias no es tanto porque indiquen contradicciones entre los colaboradores del volumen, sino porque resultan ilustrativas de las escuelas que hoy en día confluyen en el estudio de las crónicas indianas.

Conviene destacar también la existencia de tendencias comunes entre los trabajos. Además de la atención al poder colonial, subrayada por la editora en la introducción y derivada de la naturaleza política de las fuentes, se percibe un incipiente abandono del enfoque virreinal y pre-nacional a favor del tránsito ideológico entre espacios locales, regionales e internacionales. Ejemplo de ello son los trabajos de Latasa y Rodríguez, quienes estudian cómo en dos contextos muy distintos (La Plata en Charcas y Córdoba en Andalucía), dos cronistas llegados del otro lado del Atlántico contribuyeron a forjar identidades americanas y españolas a la vez que manejaban categorías universales. La expansión europea a escala global, que generó el desarrollo de parámetros universales y locales, es estudiada desde una perspectiva transnacional en los trabajos de Delgado y Usunáriz, los cuales pueden ser de gran utilidad para futuros estudios comparativos del colonialismo del norte y el sur de Europa.

En definitiva, *Discursos coloniales: texto y poder en la América Hispana* ofrece una aproximación interdisciplinaria al colonialismo hispano a través de las crónicas de

Indias, y lo hace sin repetir la perspectiva de las instituciones coloniales y sin plantear generalizaciones reduccionistas. El volumen editado por Latasa contribuirá sin duda al estudio de las crónicas de Indias como instrumentos políticos, siguiendo en la línea de varios estudios recientes del GRISO sobre la autoridad y el poder en el Siglo de Oro.

Julián Díez Torres
University of North Carolina at Chapel Hill

MENA GARCÍA, Carmen, *Entradas y cabalgadas en la conquista de Tierra Firme (1509-1526)*, Sevilla-Madrid, Fundación Pública Andaluza, Centro de Estudios Andaluces, CSIC, 2011, 639 pp.

Tras el desplazamiento en la historiografía americanista actual de cuestiones relacionadas con la época colonial en favor de estudios sobre los siglos XIX y XX en los que priman temas relacionados con los movimientos sociales, el género, la democratización, etc., son escasos los estudios —y los estudiosos— que indagan hoy en las primeras etapas de la conquista española. La historiadora Carmen Mena García, catedrática de historia de América de la Universidad de Sevilla, es un ejemplo de docente e investigadora interesada en un tiempo y un espacio —en cierto modo periféricos— al abordar la vida y dinámica de la primera frontera en tierra firme en los inicios de la presencia hispana. Desde sus primeros trabajos sobre la sociedad de Panamá en el siglo XVI al inmediatamente anterior al aquí reseñado sobre las testamentarías de Pedrarias Dávila —conquistador y gobernador de Castilla del Oro y Nicaragua— que fue publicado en 2004, la doctora Mena García ha dejado patente la gran riqueza heurística de sus obras y un rigor metodológico pleno de innovación y adecuación a la variedad y complementariedad de sus proyectos (historia urbana, historia cultural, historia comparada, etc.). Como gran especialista y divulgadora de la historia de Panamá, su labor es bien reconocida en este país latinoamericano que le otorgó en 1999 una de sus máximas condecoraciones.

El presente libro supone un paso más en el fructífero intento de la autora de dar a conocer las vicisitudes individuales y colectivas, sociales, económicas, institucionales y culturales del contacto entre europeos y pobladores nativos, esta vez en relación al territorio del Darien (o *tapón del Darién*), lugar entre Panamá y Colombia (en la actualidad) y tan marginal en el siglo XVI como en los albores del XXI. La obra se sumerge en el escurridizo y poliédrico concepto de frontera para dibujar la tan breve como intensa historia de un espacio que constituyó sustrato para fábulas y ensueños, sirvió de aclimatación y aprendizaje de huestes y conquistadores, y donde se ensayaron y experimentaron distintas actitudes y modelos de asentamiento.

En una tan interesante como teórica introducción que ofrece lecciones útiles para el análisis del presente por parte de jóvenes generaciones, la autora compara las enseñanzas de esa primera frontera en Tierra Firme con la posterior Escuela de las